

Aprender del pasado: Nunca más violencia política en las escuelas

Una escuela abandonada a su precariedad por el Estado deviene un espacio susceptible de ser secuestrado para dar continuidad a una cultura autoritaria, violenta y dogmática. La forma en que la escuela pública fue utilizada en el conflicto armado interno por Sendero Luminoso no es un tema del pasado. Reflexionar sobre sus fragilidades y su precariedad —que no es solo material sino también pedagógica y cultural— es vital para tener una escuela pública fortalecida que eduque en una ciudadanía democrática.

JUAN ANSIÓN

Sociólogo e investigador, Pontificia Universidad Católica del Perú

La escuela se suele pensar a sí misma como un lugar privilegiado de construcción de ciudadanía y de convivencia. En el conflicto armado interno que vivió el país, en ciertos lugares y circunstancias la escuela ha sido, sin embargo, utilizada como parte de la estrategia militar y terrorista de Sendero Luminoso. ¿Cómo explicar la vulnerabilidad de la institución que consideramos, con razón, como símbolo de modernidad y ciudadanía? ¿Qué le había pasado a nuestra escuela? ¿Qué le sigue pasando? Estas preguntas son fundamentales si queremos evitar que las cosas se repitan y que grupos totalitarios vuelvan a instrumentalizarla para fines perversos.

Para los campesinos que a inicios del siglo XX formaban la mayoría del Perú, la escuela ha sido la gran meta, el

medio ansiado para que sus hijos dejaran de ser pobres y despreciados como ellos, para que sean “algo” en el país. Lo que en otros países —México, por ejemplo— fue el fruto de una política de Estado afirmada, en el Perú se conquistó paso a paso, por el esfuerzo de los padres y madres de familia construyendo su escuela de pueblo en pueblo, en el campo y en la ciudad, presionando al Estado para recibir el servicio educativo. Tenacidad y sacrificio son acaso las grandes cualidades de tantas familias que pusieron en la escuela todas sus esperanzas de cambio y movilidad social.

Pese a grandes educadores, como José Antonio Encinas, quienes desde principios del siglo XX tuvieron propuestas de una escuela diferente, en el proceso de masificación la escuela recibida no ha sido, en general, de buena calidad. En las zonas donde prevalecen idiomas originarios, la escuela ni siquiera hablaba —ni siquiera habla— el idioma de los niños. Y los padres y madres de familia no tienen más remedio: aceptan el abandono de su lengua

como un costo aparentemente necesario del aprendizaje del castellano. Y terminan asumiendo el discurso dominante para el cual el acceso a los conocimientos contenidos en los libros supone el olvido de sus conocimientos ancestrales. Los métodos autoritarios de enseñanza van de la mano con esta imposición lingüística y cultural.

Éste parece ser el camino ineludible hacia el “progreso” entendido como la integración en la sociedad nacional, aunque sea en condiciones muy subordinadas. Así, pese a los muchos logros del siglo XX, muchas son también las limitaciones de una educación que, en el proceso de masificación, no cumple una gran cantidad de sus promesas. La gente busca progreso para sus hijos, pero para la mayoría la apropiación de los conocimientos de la escuela sigue siendo muy parcial, por no decir superficial, a la vez que los conmina a dejar de lado su antigua cultura, ya vuelta, al parecer, inútil.

No es que no haya habido muchos esfuerzos para cambiar esta situación. Gracias a maestros abnegados, intelectuales pioneros, modificaciones normativas fundamentales, algo está cambiando. Pero como sociedad, seguimos arrastrando los lastres de nuestra autocomplacencia en la agudización de las diferencias y en nuestro afán por afirmar jerarquías sociales basadas —todavía— en los antiguos vínculos coloniales y en un racismo solapado. Debajo de lo cual siguen cocinándose a fuego lento las frustraciones, las rebeldías y la violencia.

Así, todos estamos convencidos de que la escuela cambiará nuestros destinos y los de nuestros hijos y nos hará progresar, pero la escuela que tenemos —y, cosa peor, la que seguimos imaginando como ideal— sigue siendo la escuela vieja, autoritaria, repetitiva e ineficaz. Y ésa es la escuela que Sendero encontró y utilizó fácilmente para sus propios fines.

Resumiendo su apreciación sobre los materiales de lectoescritura más utilizados en las escuelas estatales, Ceci-

lia Thorne solía decir, a partir de un diagnóstico del año 1993, que el *best seller* en el Perú era el libro *Coquito* el preferido de los profesores, porque enseñaba eficientemente la lectura mecánica sin conducir a la lectura comprensiva, que no era verdaderamente necesaria en el proceso escolar. Pocos años después, la prueba internacional PISA nos ubicaba en la cola de los países latinoamericanos en comprensión lectora.

Hace mucho, Gonzalo Portocarrero y Patricia Oliart mostraron que los maestros del Perú no creían en la imagen del país que proponía esa escuela vieja. Habían desarrollado, en cambio, la “idea crítica” del

Perú, en correspondencia con la idea clasista en boga en los años 70. En ese contexto, la escuela se veía como un instrumento de la dominación, y la autoridad que los maestros buscaban imponer en ella no se sustentaba entonces en la fuerza de su propia convicción. Con herramientas pedagógicas débiles, orientadas a una simple imposición del saber escolar, y sin la convicción de la legitimidad de la ideología subyacente, los maestros se encontraban entonces desamparados. Las respuestas fluctuaron entre la imposición de la disciplina por ella misma y el simple abandono, en un ir y venir entre ambas cosas. Para combatir esta

tendencia hubo también muchos casos ejemplares, muestras de la enorme creatividad del maestro y de la maestra peruanos. Pero sin apoyo del Estado, y con las suspicacias de la burocracia a cuestas, estas respuestas tenían claros límites.

En ese contexto aparece Sendero. Abimael Guzmán logra hacer funcionar un tipo de pedagogía que ya no daba más: la pedagogía de la repetición, del “machacar” las ideas hasta que entraran en las mentes como discurso irreflexivo repetido hasta el cansancio. Sobre la base de las múltiples frustraciones se levanta un discurso reducido a un simplismo extremo que lo explica todo en forma clara y sin dudas a nombre de la “Ciencia”. Es la

Abimael Guzmán logra hacer funcionar un tipo de pedagogía que ya no daba más: la pedagogía de la repetición, del “machacar” las ideas hasta que entraran en las mentes como discurso irreflexivo repetido hasta el cansancio. [...] un discurso reducido a un simplismo extremo que lo explica todo en forma clara y sin dudas ... Se impone así una pedagogía totalitaria a la cual es difícil escapar porque se apoya en la fracasada pedagogía autoritaria.

fascinación de la palabra que se valida por sí misma y cuya referencia directa es la acción violenta. El carácter terrorista de Sendero no deriva solo de sus acciones, sino de que éstas se hayan sustentado en un temor profundo: el que no está con ellos está en contra de la causa del pueblo, de la historia, de la evolución natural de la materia. El discurso se impone con la fuerza de una supuesta evidencia: toda violencia se justifica porque estamos haciendo la revolución. Se impone así una pedagogía totalitaria a la cual es difícil escapar porque se apoya en la fracasada pedagogía autoritaria portadora de la "luz roja" del nuevo Sol que alumbra la revolución senderista.

Volvamos a principios de los 80. Se acaba de liquidar la reforma de la educación de los años 70. En el contexto de un gobierno militar, esta reforma tenía una visión resueltamente moderna del país y de la educación. Entre otras cosas centrales, criticaba la educación memorística y buscaba desarrollar una visión crítica en los estudiantes. Pero la clase política se asustó de estos cambios y todo volvió a una educación autoritaria, conservadora e ineficiente. Es también la época de la masificación de la educación, incluyendo la universitaria, en la que el pensamiento dogmático suele imperar. La ciencia se confunde entonces con la verdad absoluta. Sendero llevará esta tendencia a su máxima y más irracional expresión.

En ese contexto, y como parte de su estrategia militar, Sendero supo utilizar las escuelas en beneficio propio. Las escuelas rurales eran puntos claves para que el partido se informara y se desplazara en el campo, especialmente en su perspectiva de ir "del campo a la ciudad"; y para ello Sendero contaba con contingentes de jóvenes egresados de la Facultad de Educación. Supo también aprovechar la corrupción en las instancias burocráticas (las USE de entonces) para colocar a sus militantes en las escuelas rurales que le convenían. En el aula, todo maestro tiene un amplio margen para desarrollar sus propias ideas. Pero, salvo en las "zonas liberadas", los maestros senderistas se cuidaban de ser muy explícitos; más bien eran a menudo maestros mediocres repitiendo las lecciones de los libros. La relación con los jóvenes era sobre todo la oportunidad para invitarlos a otras actividades, en particular a las "escuelas populares", que eran lugares de adoctrinamiento que funcionaban precisamente con la pedagogía descrita: "machacando" en forma eficiente fórmulas simplistas sobre la revolución. Los cuadernos encontrados reflejan esa claridad y precisión que muchos maestros, sin duda, habrían envidiado para sus propias clases formales en la escuela. Todo lo contrario, por supuesto, de una educación ciudadana y democrática.

Sendero encontraba a jóvenes frustrados y con muchas dudas sobre su futuro mediante la educación que venían recibiendo. Les ofrecía un discurso extremadamente simplista con el aval de que esto era "ciencia", como lo comprobaban los éxitos de las acciones.

El otro lado de esta lógica de revancha era la sensación de poder de jóvenes cuyas experiencias habían sido de desprecio, de no contar para nada en la sociedad. Ahora, sin embargo, se sentían muy poderosos como parte de grupos armados a quienes todos temían, y a veces se sometían incluso profesores a los que habían tratado mal. El hecho de llevar productos de asaltos a su casa es otro elemento no despreciable para entender el entusiasmo de estos adolescentes.

Ante la arremetida de Sendero en las escuelas, la tendencia desde el Estado y los políticos fue intentar militarizarlas. Para algunos, la Instrucción Premilitar era el camino. Por suerte prevaleció la sensatez: en el contexto del crecimiento de Sendero y el descrédito del Estado entre los jóvenes, lo único que podía lograr una militarización de las escuelas era formar futuros cuadros de Sendero. Con la reciente captura del "*Comandante Artemio*" nos hemos enterado, en ese sentido, de los gratos recuerdos que tiene ese cuadro de Sendero de su paso por el Ejército. Sobre todo este proceso, leamos más en el *Informe Final* de la CVR y en los trabajos de Carlos Iván Degregori.

Éste no es un tema del pasado. Si bien ha habido cambios en algunas condiciones estructurales que alimentaron la posibilidad del crecimiento de Sendero, éstas no han desaparecido. Las brechas sociales y la discriminación siguen marcadas en el país. La educación sigue siendo, en muchos aspectos, autoritaria y repetitiva, y no forma ciudadanos democráticos. Es particularmente grave el abandono de la escuela pública por el Estado. Está ocurriendo una privatización indirecta de las escuelas porque no se entregan los recursos necesarios a las escuelas estatales, con el resultado del aumento de las escuelas privadas, como se ve en Lima. En consecuencia, en relación con la educación de los diversos sectores socioeconómicos las brechas se han ido ampliando. Y ahí donde la educación siga siendo de mala calidad y no enseñe a pensar a los estudiantes por sí mismos, el riesgo de que en algún momento un grupo político vuelva a utilizarla de manera instrumental, como lo hizo Sendero, sigue siendo muy alto. No es un riesgo imaginario: sabemos de la gran actividad en estos momentos de grupos de maestros cercanos a Sendero. **T**